

na y me admiraba su extraordinaria información, que hacía inútil el uso de las Guías. Hice con él una deliciosa excursión al sitio donde se cree que estuvo la casa de Horacio, cuya traza se puede adivinar entre las ruinas.

Nunca imaginé que me precedería en el eterno viaje. Pido al cielo por el descanso del varón cristiano, que fue una gran figura de la raza hispánica, y consagro en estas breves líneas un sentido recuerdo a su memoria.

Antonio Gómez Restrepo

ANA DE NOAILLES, MILAGRO DE LA POESIA

POR HERNANDO TELLEZ

La poesía de Ana de Noailles, presente con idéntica fuerza subyugadora en su prosa y en sus maravillosos versos, está un poco y, desde luego, injustamente olvidada en hispanoamérica. La renovación poética contemporánea en lengua española arranca, evidentemente, del centenario de Góngora, y va expresada en la obra breve y admirable de algunos poetas de la Península, que ya no son jóvenes, cronológicamente hablando, pero cuyo inicial ímpetu lírico desbordó hacia América con generosidad y eficacia indiscutibles.

Pero con anterioridad al fenómeno español operado en la poesía gracias al advenimiento de Federico García Lorca, de Rafael Alberti, de Pedro Salinas, y contemporáneamente con el ejercicio poético de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez, ¿qué ocurría en la poesía francesa? Muchas y espléndidas cosas. Entre ellas, el dulce y apasionado milagro poético de la Condesa de Noailles. Con esta hermana lírica de Safo, despunta en el primer cuarto de siglo, un nuevo amanecer romántico, el cual, con mayor precisión crítica, podría llamarse, el neoclacisismo romántico, sin que la clasificación envuelva en sí misma ningún antagonismo irrevocable.

En efecto, en Ana de Noailles se resuelve la querrela finisecular entre parnasianos y simbolistas. Regnier, Heredia y Mallarmé, quedan, cada cual a su medida, y en la exacta jerarquía de su importancia. El arte de todos ellos sufre esa espléndida congelación histórica, que es el primer síntoma de la estabilidad, de la permanencia estética. Se produce en los primeros diez años del siglo, un retorno a ciertas formas clásicas, un ágil salto hacia atrás, hacia las puras fuentes originales, greco-latinas, del canto. A la forma va insuflado un contenido verbal, sorprendente por su gracia elusiva y precisa al mismo, por ese quiebre aparente o real de la lógica en la metáfora, que diez o quince años más tarde, surgirá en la para en-

tonces novísima poesía española e hispanoamericana. Eso tiene una demostración muy elocuente, deliciosamente sugestiva, en la rica obra poética de la Condesa de Noailles; en menor escala, en la de la hija de José María de Heredia, Madame Gerard D'Houville. El primero de los dos nombres femeninos alcanza a irradiar de manera más vasta el resplandor de su fama. El segundo queda reducido a los términos de un conocimiento especializado de lo que fue la poesía francesa a la altura del tiempo a que me refiero.

Es curioso, al leer nuevamente, hoy, cuando tantos y tan prodigiosos fenómenos se han producido en el arte poético universal, ir descubriendo a través de la trama dorada y diáfana de la poesía de Ana de Noailles, el mismo paisaje lírico, con el mismo acento misterioso, grávido de la misma emoción, que se distingue a través del complicado encaje de la poesía actual, de la poesía de estos días, de esta hora. Porque la de la Condesa es también poesía actual, poesía intemporal, como que lleva en sí una profunda raíz clásica, y, por lo mismo, se halla colocada más allá o por encima del tiempo y del espacio. Poesía de siempre, poesía de todas las edades, cuyo mensaje no muere, no fenece, no se extingue en el tropel de las modas, ni sucumbe en medio del inexorable proceso histórico que va decantando formas y sonidos, y va sustituyendo lo caduco por lo perenne, lo eventual por lo eterno, lo episódico por lo que sabe defenderse de la muerte y del olvido, mediante una esquivada semilla de inmortalidad colocada en su entraña. De ese género es la poesía de la Condesa de Noailles, alma universal y apasionada, en cuya cálida voz repercute la lejana melodía pagana que encantó el oído y esclavizó el inestable corazón de los adustos y bellos dioses antiguos.

El caso de esta poetisa francesa sirve muy bien para plantear algunas sugerencias respecto del llamado "problema poético". ¿Cómo, de qué manera se produce la evolución poética? ¿Cuáles son las características de ese proceso? En rigor absueltas estas dos preguntas, si ello fuera posible con toda exactitud, la intrigante cuestión quedaría resuelta. Por desgracia, las leyes de la interpretación crítica no llegan a tanto, ni sirven para tanto. Debemos, pues, conformarnos, y aceptar los esquemas de aproximación hacia el tema, más adecuados y simples. Es evidente que la poesía no evoluciona "en profundidad", sino en extensión y superficie. Evoluciona por "repetición", por "insistencia" en cuanto que sus máximas transformaciones ocurridas a lo largo de veinte siglos, no han conseguido superar

la "profundidad" del mensaje primordial implícito en la poesía griega y latina. En Homero, en Virgilio, en Meleandro, en Ovidio, quedó expresado todo, todo cuanto poéticamente es digno de expresión.

Cuando se afirma, pues, que la poesía evoluciona por "insistencia", se admite, de hecho, un avance formal, de ninguna manera referente a la sustancia poética propiamente dicha. La transformación de la forma es un fenómeno que por sí solo indica el tránsito de la sensibilidad, su agudización, su especial conformación a las circunstancias de una época. Pero en lo profundo, la materia poética es una misma desde Grecia hasta nuestros días. No se crea, sin embargo, que la tarea que quedó tácitamente encomendada después de la antigüedad clásica a todos los poetas que iban a llenar con la música de su canto el caracol del mundo, es una tarea menor, o de escasa importancia. De ninguna manera. El progreso de las formas poéticas no se entendería como sustancial a la poesía misma, si pudiera decirse, en verdad, que después de Homero, sobran todos los poetas de la tierra. No sobran, y Homero, sin esa posteridad maravillosa, sin esa vasta familia universal que desató su verbo, estaría en el Olimpo demasiado solo y enigmático. El prodigio del avance poético radica precisamente en que siendo un hecho por repetición e insistencia, consigue maravillar al mundo y sorprenderlo, por cuanto que ese mundo nace, torna a ser creado cada vez que aparece un genio de la poesía. El mundo, decía Marcel Proust, ha sido creado muchas veces. Una vez fue creado por Homero. Otra vez fue creado por Mallarmé. Y entre ambos milagros, a la distancia de muchos siglos, ha nacido innumerables veces, nuevo, fragante, desconcertante e imprevisto, en la interpretación lírica de un gran poeta.

La poesía de la bella condesa de Noailles ostenta en su especial significado, una anticipación del sentimiento lírico, predominante hoy con exquisita fuerza expresiva, en la más joven, más audaz y más hermosa poesía hispanoamericana y española. Ahí, en los versos del hada provenzal, se halla, no concentrada, no resumida, sino explícita y clara, toda la nueva, la novísima y vigente ley metafórica; se encuentra, galicado, el acento castellano de Jiménez y de Machado; el tono desolador de los poetas americanos de este tiempo; la desazón metafísica que pasa, como un viento sutil, por la poesía de Neruda; el panteísmo, tierno y grave a la vez del colombiano Jorge Rojas; la inopinada gracia formal de Alberti el mágico quiebre en la metá-

fora que hace de toda la poesía actual hispanoamericana, un gentil y donoso alarde de estrategia verbal.

Clasicismo, romanticismo, simbolismo, parnasianismo, neo-clasicismo, nuevo romanticismo, nuevo simbolismo. La poesía es un "devenir" inalterable, una insistencia continua, una espléndida repetición, una ley hegeliana del arte, y desde luego, la más pura, más emocionante y bella.

"No veó nada en el vasto universo, que no te esté consagrado, antiguo Eros, joven Amor. Erguida en el corazón del mundo, quiero tomar en mis manos, para volver a dártelas, todas las dulzuras de la naturaleza. Te consagro, primero, el tiempo inmemorial y las más bellas edades de la vida, las que suceden a la infancia, bajo cuyo sombrero inclinado, flotante, como un ligero techo de paja, ensaya en los jardines, el beso futuro. Te consagro también los bellos mediodías del verano, el aire compacto y dulce, el azul, el radiante azul. Te doy el mundo y los lugares del mundo, tan bellos, que imaginarlos, vuelve soñador para siempre a quien los imagine. Te hago don también, antiguo Amor, joven Eros, de todos los pueblos de la tierra, y de todas las casas de esos pueblos, desde el templo formidable que conmovió Sansón por amor tuyo, Amor. Te ofrezco el fuego y el agua, el agua en que murió Leandro, donde se mezclaron las lágrimas de Ariadna y de Calipso y la sangre de Tristán, quien murió al borde del mar. Te doy también todos los arroyos de plata viva por los cuales la tierra, en verano, parece reír y moverse. Te consagro los ojos de todos los rostros y todas las miradas: las miradas oblicuas, combadas, fugitivas; las que descienden detrás de los párpados, como el sol de la tarde en las olas cantarinas; los ojos vendidos como un héroe cuyas espaldas de plata tocasen la tierra, los ojos triunfantes como dos antorchas en lo alto de dos brazos poderosos..."

Poesía actual, poesía de siempre, poesía victoriosa del tiempo. La voz de Ana de Noailles, "hilandera mayor del lirismo francés", se halla intacta. "Escribo para que el día en que esté muerta se sepa cómo amé el aire y el placer, cómo amé a la vida y a la dichosa naturaleza", dijo en una de sus inmortales poesías. Ese voto lírico se ha cumplido a la perfección.

Hernando Téllez

LA FILOSOFIA EN AMERICA

Por SAMUEL SYRO

Cada día es más evidente, el predominio definitivo que han de tener los estudios filosóficos, en la formación de una auténtica y verdadera cultura americana del futuro. Aunque sea verdad en cierto modo, como frecuentemente se dice, que en América no ha existido propiamente un pensamiento filosófico original y revelador de características peculiares nuestras, si se exceptúa el caso singular del pragmatismo de Pierce, William James y John Dewey en los Estados Unidos, no es menos cierto también, que ya en la actualidad es imposible concebir una filosofía, nacida de improviso y sin recibir la influencia necesaria de más de veinte siglos de cultura. Afirmar lo contrario, sostener que la originalidad o la autenticidad de un sistema tiene que excluir siempre toda clase de influencias y de antecedentes, sería negar no sólo la tendencia hacia la *unidad* que ha distinguido a la filosofía de todos los tiempos, sino desconocer, además, ese algo de verdad encerrado siempre en cada uno de los sistemas filosóficos, en virtud del cual todos ellos se vinculan y parecen incluirse recíprocamente. De esta manera, toda investigación en el campo de la Filosofía, sea cualquiera la época o el lugar en que se realice, no puede escapar nunca al estudio y a la influencia del pensamiento anterior. Por el contrario, la historia ha demostrado plenamente, cómo todas aquellas concepciones embrionarias que preceden a la formación de un sistema, a menudo son una condensación de otros sistemas más antiguos. Y estas concepciones incipientes, al ser aplicadas a las diversas circunstancias que constituyen la realidad en un momento histórico dado, adquieren nuevos matices y proyecciones múltiples, que además de asegurar la subsistencia más o menos duradera de las mismas, les comunican la fuerza y la energía creadora de un verdadero sistema filosófico.